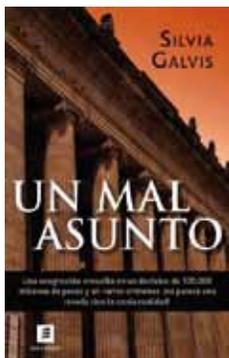


La última novela de Silvia Galvis



Un mal asunto
Silvia Galvis
Planeta
Bogotá, 2009
229 págs.

En un texto ya célebre sobre la deconstrucción, Gayatri Spivak “incita a dudar de la autoridad del sujeto investigador sin paralizarlo, transformando persistentemente las condiciones de imposibilidad en posibilidad”. Según Spivak, la deconstrucción no pretende descartar la temática, la verdad o la historia, sino “poner en duda los privilegios de la identidad, permitiendo al narrador hacerse dueño de la verdad”.¹ Por ejemplo, en las mujeres,

Las tácticas hogareñas del “poder-saber” cotidiano, la materia misma de la vida femenina, no solamente abarcan el manejo de códigos del vestir o hábitos del trabajo, sentimientos de culpa o derroteros de pesar, sino implicaciones de la gran maquinaria del “poder-saber”, enfocando la familia como proceso represivo,

los cuidados cotidianos como una coartada y los derechos a la reproducción como un melodrama moral en función de las elecciones nacionales y la política.²

La política, sí, asimilándose a un itinerario existencial, e interfiriendo en la temática de novelas como la que Silvia Galvis titula *Un mal asunto*. Silvia Galvis, narradora y también historiadora, ejerce un discurso en el que “la indeterminación se refuerza con la subversión del anclaje temporal”.³ ¿Sus protagonistas? Dos colombianas de estirpe liberal y temperamento progresista, luchando por la justicia social allí donde “la oligarquía conspira contra el reformador que busca la igualdad de los de abajo con los de arriba” (p. 8). Así, Elsa y Nancy Inés Walker ejercerán en la conspiración o en el parlamento con la misma habilidad que caudillos o candidatos de cualquier partido.

Elocuente o demagógica

¿Anunciarlo? Con una invocación a oradores tan nacionalistas como Jorge Eliécer Gaitán, se inicia una narración que pretende ser elocuente o demagógica. Enseguida, las primeras páginas describen cómo Humberto Suárez, “marido fugitivo de la senadora liberal Elsa Walker” (p. 22), se niega a ir a la cárcel luego de que la Fiscalía General de la Nación ordena “abrir una investigación por enriquecimiento ilícito y apoderamiento de dineros públicos a quien fuera gerente general del Terminal Marítimo” (p. 10). Entretanto, su esposa Elsa llama a un abogado para “seguir con el divorcio”, evitando que su nombre “continúe sonando como centro de escándalo” (p. 22), no sólo por

el fraude procesal y el prevaricato de los jueces sino por los amores ilícitos del mismo Humberto Suárez con el sargento retirado Abel Montero, “Asistente Categoría III del Congreso de la República, asignado como conductor oficial y escolta de la Señora Elsa Walker” (p. 32). ¿Adivinarlo? Luego de párrafos que detallan las querellas de la célebre senadora con su caprichosa hermana Nancy Inés, todo un capítulo se consagra a los diálogos entre ésta y su novio Yeison Avelino Castañeda. Yeison, sí, reclutado por la guerrilla desde la adolescencia y guardián de Nancy Inés cuando ella fue secuestrada años atrás, exigiendo un rescate solicitado por las mismísimas FARC a María Elena Ruiz de Cortés, amiga íntima de la senadora Elsa Walker y esposa de otro ilustre secuestrado, tal como lo advierte María Elena Ruiz a la senadora, agregando que ambas deben obedecer las consignas de la subversión y los consejos de Nancy Inés Walker. ¡Dios mío!, ella misma debe irse sola a reunirse “con el enlace del frente encargado de recibir la plata” (p. 60), garantizando que “en una semana, diez días máximo, su marido Germán estará de regreso” (p. 62). ¿Será posible? Sí, sí, y por rescatar al esposo de su mejor amiga, la senadora Elsa Walker será asesinada al mismo tiempo que ella. ¿Evocarlo? Durante la cita fatídica, “la actitud solícita de los hombres se transformará en fiereza, y en un instante, las dos mujeres estarán arrodilladas, de cara contra el piso” (p. 66). Verdad, un minuto después a María Elena Ruiz la invadirá un temblor incontrolable en todo el cuerpo y la cabeza de Elsa yacerá en un charco de sangre” (p. 66). ¡Qué

espanto!, al final, “las víctimas serán ultimadas en el mismo sitio y posteriormente arrojadas a un abismo con el fin de ocultar sus cuerpos el mayor tiempo posible” (p. 72).

Una hijeputa ladrona

Si el capítulo 7 de *Un mal asunto* termina con una llamada telefónica desde España, de la inocentísima hija de Elsa Walker, preguntando por qué su madre no descuelga la bocina, el capítulo 8 comienza en la Fiscalía Nacional, con un diálogo irónico entre un funcionario capitalino de apellido Conde y una prestigiosa jurista de apellido Ruán, quienes parecen reacios a una “versión de las FARC” (p. 75), según la cual la senadora Walker y la Señora Ruiz habrían madrugado un buen día con ganas de “irse a Faca a que las secuestraran y las asesinaran” (p. 75). Entretanto —¿cómo admitirlo?— el padre Beltrán, confesor y confidente de la difunta Elsa, preguntaría a su hija (recién llegada de España) si su padrastro Humberto Suárez seguiría cortejando a un muchacho que le servía de chofer, estando su mamá enterada y amenazando “con hacerlo público” (p. 80). Bueno, digamos que a nivel textual, y con una técnica más bien dialógica, la novela avanza hasta un capítulo en el que la jurista Ruán declara que Trevis —fiscal especializado en delitos administrativos— podría saber si la senadora Elsa Walker temía que su marido la mandara matar. Además, claro, Trevis parecía convencido de que el dinero robado por Suárez en los desfalcos del Terminal Marítimo habría “motivado” el asesinato de la senadora, como lo habrían “motivado”, naturalmente, “sexo, rencor

y venganza” (p. 96). En fin, menos convencionales que las de este fiscal resultarían las declaraciones de Nancy Inés Walker, hermana de la difunta. ¿Dudarlo? Según Nancy Inés, los negociadores de las FARC se habrían comunicado con su hermana para imponerle las condiciones de la “entrega” de Germán Cortés, marido de su amiga María Elena. Sí, sí, condiciones inscritas y escritas en una carta que Nancy Inés entregaría a su hermana. Después de leerla, claro, la senadora diría que el comandante del frente prometía devolver el dinero al secuestrado pero exigiendo que ella, Elsa Walker, lo recibiera personalmente, “siendo esa la garantía para que la entrega se hiciera con seriedad” (p. 117). ¿Mencionarlo? En esos días la senadora parecía inquieta y le había confesado a su hija que se sentía acosada por llamadas telefónicas en las que se le advertía que: “¡Usted es una hijeputa ladrona y la vamos a matar!” (p. 133).

Bueno, ¿y qué más? Que entretanto un agente de apellido Valencia, experto en balística, opinaba que las armas del crimen se parecían demasiado a las que empleaba la subversión. ¿Admitirlo? Otro fiscal, llamado Monsalve, afirmaba que “la senadora gozaba del aprecio, por así decirlo, de los principales cabecillas de las FARC” (p. 143). ¿A quién diablos creerle? ¡Carambas!, Monsalve también pretende que Nancy Inés Walker, hermana de la senadora, tenía o tiene un amante guerrillero desde las épocas en que ella misma fue secuestrada. “Su nombre es Yeison Castañeda, alias Matías Ricaurte” (p. 144), informa otro fiscal de apellido Rojas, agregando que el amante de Nancy Walker fue capturado por la Policía en

un aeropuerto colombiano y detenido al incurrir en tráficos ilícitos. ¿Cómo? Es allí y entonces que el fiscal Trevis pregunta asustado: “¿Pensaría Elsa Walker que su hermana fuera realmente capaz de causarle algún daño?” (p. 147). No, no, el fiscal Monsalve procura descartar la posibilidad de un fratricidio, puesto que “la hermana muerta protegía y prácticamente sostenía económicamente a la viva” (p. 146). ¿Olvidarlo? Según declaraciones de César Walker, hermano de ambas, una lista negra elaborada por ex militares de alta graduación incluía a su hermana Elsa por su colaboración con la guerrilla. Sí, sí, “ya existía un plan de asesinarla en una carretera y después propagar la versión de que habían sido las FARC” (p. 153).

Las cuitas de la hermana culpable

¿Y luego qué más? Pues que las cuitas de la hermana culpable inspirarán a Nancy Inés un monólogo trágico durante una visita al cementerio donde está enterrado su novio Yeison Castañeda. Allí y entonces, Nancy Inés dirá cómo y cuándo y por qué la senadora fue asesinada y confesará que la aborrece por su autoritarismo y porque recuerda cómo en las épocas en que estuvo embarazada y dio a luz, fue su hermana quien adoptó la niña, mientras la mandaba a ella a Medellín donde un tío cura, contratándola de sirvienta. Sí, sí, Jessica sobrevive como la supuesta hija de Elsa, quien teme que los mafiosos la persigan y la liquiden por orden de un marido que se ha ganado el rencor de su propia hijastra, sintiéndose condenado al encierro que merece —es decir, a la cárcel—. ¿Creerlo? El viudo de

la senadora parece tan perverso como el maleante heredero del auto en que se le liquida. ¡Por Dios!, cuando le preguntan los motivos que tuvo esa gente para matarla, un tipo conocido por el sobrenombre de “Chacho” dice que a la senadora la inmolaron “por la plata” (p. 177). Pocos días después, durante una larga mañana, el fiscal Conde y el fiscal Monsalve han de escuchar las declaraciones de una gran amiga de esa gran amiga de la senadora que era María Elena Ruiz. ¿Admitirlo? Su testimonio resulta tan impresionante como los de las hermanas Walker cuando Nancy Inés confiesa que Elsa decide traspasarle sus bienes para “defenderlos de la codicia de su esposo Suárez” (p. 187). Es una etapa, digamos, de relaciones difíciles entre las hermanas, pues ambas se critican ciertas extravagancias y ciertos lujos. ¿Anticiparlo? Esa tarde juristas y fiscales expiden una orden de captura: “los indicios de la culpabilidad de Nancy Inés Walker son abrumadores” (p. 195).

Y... ¿En qué termina este mal asunto? Los últimos capítulos explican cómo la hipótesis más fuerte de la Fiscalía sugiere que Nancy, con la complicidad de alias Mateo Ricaurte, comandante guerrillero, se apodera del dinero pagado por María Elena de Cortés (amiga de Elsa, cuyo marido ha sido secuestrado por la guerrilla). Pero no, no, ese dinero —una cuantiosa suma— no es entregado finalmente a las FARC porque el intermediario pretende embolsillárselo y salir del país. ¿Aceptarlo? Según el fiscal Monsalve, la investigación de las llamadas telefónicas de cada celda receptora comprueba

la complicidad de Nancy Inés. “Así —dice Monsalve— la senadora y su amiga subiéndose al carro para ir a encontrar la muerte y Nancy Inés llamando a los sicarios para asegurarse de que las mataran” (p. 203). ¡Qué impresión! ¡A Monsalve nunca le había tocado un caso de fratricidio! A su vez, la jurista Lourdes Ruán opina que “a la senadora no sólo la mataron con sus propias armas, sino que además estuvo a punto de pagar su propio asesinato” (p. 210). Claro, así lo comprueban las últimas declaraciones de Nancy Inés Walker, “acusada de los delitos de múltiple homicidio agravado en concurso con concierto para delinquir” (p. 212). ¿Cómo ignorar las quejas de la senadora Walker con respecto a la conducta de su hermana? “Nancy anda furiosa conmigo” —decía— “furiosa porque le insisto en que me devuelva los bienes que puse a su nombre” (p. 214). Y luego agregaba, compungida: “Toda mi vida no he hecho otra cosa que ayudarla [...] Hoy siento que me odia; últimamente me da miedo la forma como me mira. Yo no tengo ningún cargo de conciencia, todo lo que le ha pasado se lo ha buscado ella misma [...] Es mi hermana, pero le tengo miedo, siento como si, en lugar de mi hermana, fuera mi enemiga” (p. 216).

Cierta sensibilidad emocional

Sí, sí, las últimas afirmaciones de la senadora no disimulan cierta sensibilidad emocional, con respecto a la conducta de Nancy Inés Walker. Sin embargo, a veces puede pronunciarse en sentido inverso, elogiando a quien la cuidó en la niñez y la formó en la juventud. Así, confiesa enternecida: “Elsa era la persona encargada de edu-

carne”. Y agrega: “Por eso yo digo que para mí no murió mi hermana, murió mi madre, mi amiga, la persona más importante de mi vida, que no tenía defectos aunque los tuviera” (p. 222). ¿Cómo soportar el tono implacable de la sentencia que la Fiscal Ruán lee al Capitán Ruiz, hermano de la amiga de la senadora? A Nancy Inés Walker se le condenará por “habérsele hallado responsable en forma dolosa y a título de coautora de las conductas punibles de homicidio agravado en concurso homogéneo y heterogéneo” (p. 226). ¿Repetirlo? El único hermano de la gran amiga de Elsa Walker le comenta finalmente a la fiscal Ruán:

Mire Doctora, la mujer esa, ambiciosa y todo lo que usted quiera, no habría hecho todo lo que hizo de no ser porque el tal Suárez y su mujer se robaron todo lo que se robaron y luego tuvieron que esconderlo, y Suárez no habría podido robarse toda esa plata si alguien allá arriba, igual de corrompido, le debiera el favor a la senadora. ¿Esa cadena de corrupciones es lo que llaman democracia? (p. 227)

Recordando un ensayo muy célebre de Gayatri Spivak, se podría repetir aquí que

Las peores víctimas de la reciente exacerbación internacional del trabajo son las mujeres. Constituyen un verdadero ejército laboral que está de sobra en la coyuntura actual. En su caso, las relaciones sociales patriarcales contribuyen a su producción como un nuevo foco de superexplotación. Considerar el sitio de la reproducción sexual y la familia

dentro de esas relaciones sociales ha de mostrar la pura (o libre) predicación materialista del tema como exclusivamente genérica.⁴

¿Admitirlo? Para enfatizar los conceptos posmodernistas de Spivak se podrían evocar los de una deconstrucción en la que la iterabilidad gráfica se refiriese a la lógica de la repetición. De este modo se llegaría a compartir “la estructura de una auto-alteridad irreducible, transportada por lo que avanza y retrocede y sigue trazos en diversos planos, e intenciones en la escritura.”⁵ ¿Repetirlo? Hoy es un lugar común afirmar que “las mujeres tienden a ser más emotivas que los hombres”. O aceptar que “la educación moral de las mujeres cultiva en ciertos núcleos sociales —más que la de los hombres— la alta valoración de las relaciones personales, incluyendo el amor y el cuidado que estructuran muchas otras emociones”.⁶ Sin embargo, a estos conceptos de pensadoras tan actuales como Martha Nussbaum se pueden contraponer los de lingüistas como Bajtin, quien “ve en la novela, o en el discurso novelístico, una desmitificación, no sólo de la épica y del mito, sino de la idea de la lengua como unitaria e intemporal, exclusiva e intrascendente”.⁷ Verdad, según Bajtin, “el ser femenino ha de concernir diferentes puntos de vista y un dialogismo que le permita investigarse a sí mismo tanto en lo que concierne a sus propias posiciones y lenguajes como lo que concierne a las de otros”.⁸ Por ejemplo, es evidente que en *Un mal asunto* —novela póstuma de Silvia Galvis— las referencias a opciones que finalmente se cancelan refuerzan los factores de inde-

terminación. Sí, sí, una indeterminación que contribuye a definir la temática y que aumenta a medida que el lector intenta distinguir la personalidad de protagonistas tendientes a identificarse. Así, de cierto modo, la deconstrucción de la caracterización parece ser paralela a la abolición de otras convenciones novelísticas. ¿Negarlo? Como pluralismo deconstructivo, el posmodernismo se puede convertir aquí en un instrumento de resistencia política, alcanzando a veces a estabilizar la narración.⁹ Tal vez para Silvia Galvis todo ello pudo ser asimilado a la escritura de una última novela... ■

Helena Araújo

Notas

¹ Gayatri Spivak. *The Spivak Reader*, Donna Landry y Gerald MacLean (eds.). New York: Routledge, 1996, p. 210 (Traducción para este ensayo de Helena Araújo).

² *Ibíd.*, p. 152.

³ Cynthia M. Tomkins. *Latin American Postmodernisms - Women Writers and Experimentation*. University Press of Florida, 2006, p. 20 (Capítulo sobre la obra de Julieta Campos. Traducción para este ensayo de Helena Araújo).

⁴ Gayatri Spivak, *Op. cit.*, p. 124.

⁵ *Ibíd.*, p. 86.

⁶ Martha C. Nussbaum. *Upheavals of Thought - The Intelligence of the Emotions*. New York: Cambridge University Press, 2001, p. 376 (Traducción para este ensayo de Helena Araújo).

⁷ Lisa Gasbarone. “The locus for the other”. En: Karen Hohne y Helen Wussow (eds.) *A dialogue of Voices*. University of Minnesota Press, 1994, p. 5 (Traducción para este ensayo de Helena Araújo).

⁸ Karen Hohne y Helen Wussow (eds.). *A dialogue of voices*. University of Minnesota Press, 1994, p. xiii (Traducción para este ensayo de Helena Araújo).

⁹ Sobre la novelística de Silvia Galvis, ver: Helena Araújo: *Aída Martínez y Sil-*

via Galvis: del documento al relato y de la ficción a la historia - Literatura, teoría, historia, crítica. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006, pp. 143-163; Helena Araújo, “Novelistas colombianas: ¿denuncia o compromiso?”. En: *Revista Universidad de Antioquia*, Medellín, N.º. 301, julio- septiembre 2010, pp. 47-52.

Sobre la personalidad literaria, social y política de Silvia Galvis, ver: Lucía Donadío (comp. y ed.). *Silvia, recuerdos y suspiros*. Medellín: Sílabas Editores, 2010.

No hubo cielo



No hubo cielo

Gloria María Posada
Fondo Editorial Alcaldía de Medellín,
Editorial Eafit
Medellín, 2011
184 págs.

No *hubo cielo*, de Gloria María Posada, fue la novela ganadora del concurso Beca de Creación de la Alcaldía de Medellín, versión 2010, publicada por el Fondo Editorial Universidad Eafit en su colección Letra x Letra. El jurado de esta versión estuvo conformado por Óscar

Castro, Roberto Burgos Cantor y Óscar Collazos, quienes emitieron un fallo unánime.

En esta novela, hermosa y desgarradora a la vez, sor Juana de Asbaje cuenta su vida, la de una niña que es llevada al convento con el consentimiento de su madre para salvarla del asedio de su propio padre. De la mano de la autora traspasamos los muros del convento de las Hermanas Franciscanas Concepcionistas, un monasterio de clausura austero y hermético en el que los principales votos son la obediencia y el silencio. Pero esta novela en su fondo es algo más: es también una denuncia sobre esa doble moral en la que todos los seres humanos hemos caído alguna vez.

La columna vertebral de la novela está basada en una serie de manuscritos guardados por sor Juana “debajo de la Virgen Rubia”, cuyo escondite revela a la hermana Lissy, una novicia de rango inferior a ella, con la que ha establecido un vínculo profundo en el convento. En ellos, la monja escribe sobre su vida y sobre los acontecimientos que precipitaron su huida a aquel claustro; porque esa niña, como tantas en nuestro país, es otra víctima de la violencia de género que ha recaído por siglos sobre las mujeres.

Entre desconciertos, apuros y miedos, tomé la promesa que mamá me hizo de que tío Evelio iría por mí al año siguiente; el costal con el atado de vestidos nuevos que papá no me dejó lucir —en él encontré la muñeca de trapo y veinte pesos que mamá escondió cuidadosamente entre las prendas—, y seguí los pasos de Roxana, la mujer que me llevó al convento.

La antesala de la vida monástica de sor Juana sucede en Paucayán, pueblo imaginario situado cerca del municipio de Andes, donde nacieron ella y sus hermanos en la hacienda La Pasiflora. La autora nos muestra con acertadas descripciones las imágenes de aquella tierra cafetera:

Los cafetos se desperezaban cada día bostezando y tragándose por metros el aire resplandeciente que los estiraba para después exhibirlos iridiscentes y cambiantes en el verde claro oscuro de las sementeras.

La historia va y viene enredada entre los recuerdos del pasado y las culpas de esa niña inocente y huérfana de amor, que ve su destino truncado por un pecado que no cometió y por una madre acobardada por una realidad que no quiere o no puede resolver.

Así, sin entender, vi las cosas extrañas que según papá imaginé tantas veces; las cosas que por miedo a las golpizas o al rumor de “herencia de mente enfermiza”, siempre callé.

Dos sillas rústicas y dos bancas de iglesia completaban el mobiliario del oratorio que la familia visitaba todos los días. Las plegarias de la mañana y el rosario de la noche nos reunían de rodillas frente al altar de Dios. Ese era el sitio predilecto de papá, el lugar al que me siguió llamando cuando se quedaba solo y cuando en la mañana o en la noche quería hablarme del pecado de la carne, de mi cuerpo impúdico que provocaba las miradas obscenas de los recolectores; de mi cuerpo pecador que arrodillado

frente al altar —a un costado de la fuente de agua bendita—, papá, puesto a mis espaldas, trataba de purificar. Descargaba en mi cara y en mi cuello puñados santos de agua sanadora que se unían con mis rezos y con mis lágrimas. Agua que él debía bajar con sus manos y restregar en mi pecho arrepentido hasta que el deseo malsano saliera de mí. Después recogía con sus besos mis lágrimas y me mostraba con su mano temblorosa lo que no debía hacer, lo que no debía tocar. “Dime si Satán ha hecho contigo esto o esto. ¡Oh! Niña pecadora, saca de ti tu pena, tus deseos y tus besos malditos, y déjaselos a papá que él conseguirá para ti el perdón”.

De repente, su mundo se desploma y es conducida al convento sin saber por qué y para qué. Todo es nuevo y desconocido para esta niña monja vencida por el miedo de aquel futuro incierto. La escritora teje con palabras las primeras impresiones de Margarita de los Ángeles Vásquez Marulanda, su nombre terrenal.

El tiempo no tenía sosiego, se ocultaba y se asomaba en copos de fría bruma cubriendo el paisaje e impidiéndonos ver el sendero cada vez más cerca del cielo.

[...]

Erguidas, atentas, las envejecidas campanas nos vieron llegar y tañeron doce campanadas de llanto para recibirnos.

Hay en este libro muchos pasajes de belleza poética, como cuando sor Juana, relegada a los oficios de la cocina, evoca la imagen de su madre, quien de cuando en cuando aparece difusa e ideal-

zada por la niña: “Aparecía con su pelo dorado, sonriendo amarillos y bendiciones en las sopas que las monjas pedían repetir”. O cuando la superiora impartía órdenes que no admitían objeción:

La madre ordenó al silencio más silencio; se callaron las campanas y con ellas la voz de Dios. [...] Las oraciones y los coros matutinos dejaron de ser los rumores que eran y la luz fue sólo un coqueteo de luciérnagas.

Los treinta años que estuvo en el convento convirtieron a Sor Juana en el rescoldo de un alma ávida de amor, en un cuerpo moribundo amortajado por hábitos oscuros, en un espíritu ansioso de libertad, a pesar de que en Pacuayán la habían dado por desaparecida y de que su nombre estaba inscrito en una tumba imaginaria donde su madre y sus hermanos siguieron honrando su memoria.

Llevaba cinco años en el convento entregada a una educación básica y religiosa cuando hice mis segundos votos de pobreza, obediencia y castidad. Yo no elegí. Y eso lo supe varios años después cuando el frío del convento ya se había alojado en mí. La nieve de las religiosas era la matriz de mis huesos, y la soledad del claustro, la médula que les daba vida de muerto. Pero ya no había nada para hacer porque no tenía dinero ni familia que me reconociera. Yo que me había separado de los míos, no era la hija ni la hermana de nadie, no existía ninguna sor Juana en mi pueblo, y mi verdadero nombre estaba olvidado y cubierto por lama en la lápida de una tumba en el cementerio central.

En medio de estas perplejidades aparece la figura de sor Juana Inés de la Cruz, con sus dudas y tribulaciones, sus escritos y confrontaciones consigo misma, que sirven de matriz a Gloria Posada para dibujar el perfil de sor Juana de Asbaje.

Pero más allá del argumento y del clima de suspenso que impregna toda la obra, el protagonista central de esta novela es realmente el país: el camino de sangre por el que hemos transitado, la violencia que nos ha marcado, la dominación masculina y el dolor de tener que reconocernos como parte de la maldad y la descomposición social que nos agobian. Por las páginas de esta novela se pasea también la historia de Colombia, con referencias muy claras a la violencia partidista que se desató con la muerte de Gaitán y con imágenes extraídas de la realidad, como “el estudiante cubano”, “la dama azul que disparaba desde la ventana de palacio”, etc. Con esta novela se puede concluir que la que está enclaustrada verdaderamente es nuestra sociedad, una sociedad hipócrita donde los pecados de muchos son expiados por unos pocos.

En cuanto a la estructura, las primeras y las últimas páginas de la novela son pasajes recreados antes de morir sor Juana, con lo cual esta historia cumple con el cometido literario que algunos llaman “morderse la cola”. A lo largo y ancho de sus 184 páginas, el lector se sumerge en un argumento ameno donde son notables el manejo del latín y la investigación sobre las vidas de santos, sobre plantas medicinales y sobre arcaicas recetas de cocina que quizá se elaboraban en los conventos. Pero lo más original de esta obra son

las innovaciones en la escritura: Gloria juega con los tiempos, recrea pasadas escenas familiares y vuelve al presente para dejarnos husmear en su entorno literario con un humor irreverente y a prueba de desgracias, en medio de la vida desolada y sin esperanza de sor Juana. Durante varios años, cada domingo de resurrección Sor Juana recibía flores frescas que su madre le mandaba. Pero uno de esos días entró en una especie de éxtasis silencioso. La superiora del convento la mandó a llamar, y como ella se resistía a darle una respuesta satisfactoria, le impuso como castigo un mes recluida en su celda rezando las jaculatorias de san Mamerto. Aparecen entonces en escena unas jaculatorias serias que empiezan en latín y luego derivan en otras jaculatorias muy personales y jocosas. Cuando el día de la presentación del libro le pregunté a Gloria sobre éstas, me contestó con gracia: “Esas jaculatorias son como una especie de comerciales”.

¿Y el amor? ¡Por supuesto que no podía faltar! El amor se revela de manera elocuente, con pasión, libre de prejuicios y consanguinidades, cuando sor Juana se evade del convento, se entrega sin reservas en brazos de su sobrino don Diego de Alcázar, y se reconoce viva y vital para el amor.

Entonces creí que ya era justo de miedos, de soledades, y de pedir perdón sin que Dios tuviera nada que perdonar. Así que me dejé llevar por pensamientos complacientes. Él, que es mi sobrino mayor, empezó a dejarse ir detrás de mí con el rabillo del ojo. Cuando uno ha pasado tantos años sola, ya no le duelen

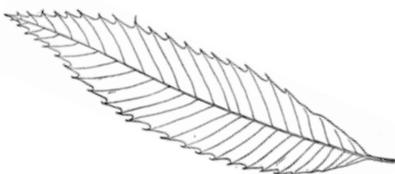
los malos pensamientos. En otra época me hubieran costado tres días de disciplinas en la espalda hasta que el éxtasis me sacara el calor de la piel.

Sor Juana toma conciencia de sus sentimientos y de su propio cuerpo que ya no es objeto de pecado, y permite que los sentidos invadan su soledad. En las últimas páginas de esa gran confesión que es todo el libro, hay pasajes reveladores en los que por fin se siente mujer:

Permanecí así para que el sol, que todo lo atraviesa, amara los huesos que el agua no había amado, mientras los dedos que me quitaron el primer nombre que acompaña a María, lloraban entre los pliegues del sexo. Sequé mi cuerpo en una danza de aires desnudos, pasé la toalla de seda, velo acariciador por entre las piernas, y terminé de pintar la escena que Sandro Botticelli nos dejó empezada.

¿Y el final? El final del libro es un buen golpe al lector; una sorpresa bien lograda, como un repaso sarcástico sobre la vida de Colombia, un país donde los vivos necesitan urgentemente de la memoria de los muertos para recuperar su fe. ■

María Teresa Ramírez Uribe



Escribir con pincel



La risa del sol
Esther Fleischer
Sílaba
Medellín, 2011
94 págs.

Cada elección, cada vocación, guarda tras de sí una historia de vida, y su descubrimiento y conquista puede interpretarse como una decisiva travesía consigo mismo, y esto es justamente lo que se cuenta en *La risa del sol*. Y si hay algo que sorprende gratamente es que se trata de un relato verdadero, en cuanto construye un mundo sincero, completo, variable y tremendamente verosímil en su fuerza dramática, narrativa.

Seguimos a un personaje que se debate, desde el inicio, por la libertad de su voz: un lugar para habitar, y cuya morada sea una llegada y una partida, como el puerto para un viajero. Una modulación personal de la que nazcan las propias palabras, borde y molde de los pensamientos.

Así, es una novela que transcurre de adentro hacia fuera: en los ojos de la protagonista está el ritmo de cada palabra, y, aunque nos identifiquemos o no, es imposible no creer en lo que al

interior de esas páginas se vive. Es como si cada imagen, donde yace la poesía de esta historia, antes de ser plasmada hubiera sido comprobada en el cuerpo, en la detallada y certera experiencia de los sentidos. Esa es la firmeza que otorga la voz que consigue palpar lo que nombra.

Ella, la protagonista, se llama Tania. Nació en una familia colombiana de tradición judía que, por los avatares de las guerras, llegó de Europa a Palmira en las primeras décadas del siglo xx, y después, por la inestable economía y la impredecible prosperidad, además de los acostumbrados misterios familiares, fue a parar a Medellín. Entre estas dos ciudades del país transcurre la historia de ella, desde la infancia hasta la juventud, justo cuando encuentra esa afirmación que de ahí en adelante será su norte: la Historia, aquella que se escribe y se cuenta, en la palabra y en la oralidad, en los espacios del silencio, de la mirada y del gesto. Pero no la Historia que nace junto con sus verdades oficiales, ya pomposa y pública, general y abarcadora; lo que interesa a Tania, en la continua convivencia con ella misma y con su familia, son las pequeñas historias que nacen casi en las fisuras, a un lado, sin estridencia ni ansias de inmortalidad, pero igualmente profundas y decisivas por lo humanas. Relatos que se cuentan en el registro del volumen bajo y, sin embargo, de un eco lento y perenne.

Si hubiera que encontrar a los personajes predecesores de Tania, su tradición literaria por decirlo así, en aquel juego borgeano de construir un pasado a partir del presente, habría que pensar en esas narraciones que aún hoy

continúan ofreciendo sus visiones hondamente filosóficas, sin conceptualizar ni sermonear, sobre la relación entre la vida, el arte y la belleza, sobre las elecciones, los riesgos y sus consecuencias, como *Retrato de un artista adolescente*, *Tonio Kröger*, *Demian...* Jóvenes sensibilidades, incluso como la del estudiante Törless, que mirando de frente a sus realidades se juegan sus destinos en experiencias decisivas.

La risa del sol de Esther Fleisacher (Palmira, 1959) es una de esas novelas en la literatura colombiana actual que, por su tono y su intención tenazmente humana, se parece a los registros narrativos concebidos por Tomás González (en *La historia de Horacio*), Evelio Rosero (en *En el lejero*) o Julio Paredes (en *Asuntos familiares*), cuya intención no es otra que contar una historia en toda su desnudez como si fuese el retrato de una única vida, recreado en la entera cercanía a nuestro mundo común y sencillo, desde las pasiones que sabemos propias, aunque impredecibles e incontrolables.

Su escritura es delicada y su ímpetu no está en el grito, ni en el volumen alto con necesidad de ser escuchado, sino en la seguridad de lo susurrado: palabra que emerge, no de la garganta, sino de mucho más abajo: en la respiración. Por eso, la sutileza es más presencia de silencio que ausencia de ruido.

Tania está hecha de palabras precisas y suaves, sin embargo, en constante movimiento; y en la brevedad de la narración, sintonizada con los tonos bajos de sus personajes, se sustentan la fragilidad y el encanto del relato. Es admirable presenciar una escritura que se moldea con paciencia

y sin (evidentes) esfuerzos; no hay premuras que entorpezcan una imagen o un diálogo.

Es más, en los trazos que se nos muestran se arman suficientemente bien el cuerpo y el pensamiento de sus personajes, por eso, antes que resolver los conflictos, los vemos en medio de ellos, enfrentándolos, sucumbiendo o evadiéndolos. El oficio de la escritura de Fleisacher no se parece al de un ingenioso malabarista o al de un agudo músico; está más cercano al que narra con un pincel, delineando, paso a paso, lo que por sí solo se va completando en los trazos que, ya juntos, conforman la multiplicidad del tono.

Hay especial interés en las formas, en la luz, en el color, hasta en las sombras que en la mirada construyen un pozo como el del padre de Tania: fondo de oscuridades espesas y algo cálidas; asimismo, en los recuerdos y extrañezas, en los reflejos y contornos de un vestido de flores o en el lazo amarillo que sujeta un cabello, en la textura de la piel de unas manos que acarician o en las ventanas que dejan filtrar un débil rayo de sol. No es tanto describir con palabras sino plasmar en una imagen lo más plásticamente posible y con los mínimos recursos literarios una emoción o un instante para que no se diluya en el tiempo; sería algo muy proustiano, pero más silencioso y tímido y sin las tremendas dimensiones de espacio del novelista francés.

Hay dos momentos memorables en la novela. Uno de ellos es cuando Tania viaja a Israel y vive aquella necesaria travesía de la transformación interior, e incluso física; como regresando a los

orígenes para reinventar, así, su propia vida. La visita a la tumba de su abuela, las jornadas de trabajo en el kibutz, las conversaciones, los silencios y las soledades con sus familiares, prepararon y despertaron en ella otra fuerza que sería la antesala del segundo momento, que define un final pero también un inicio: el definitivo encuentro con su abuelo materno que completa una historia largamente perseguida: la genealogía, que es la lista de los rencores, las ausencias, las alegrías, los secretos de su familia, una pregunta por el quién, por los demás, que es la pregunta por sí misma.

Un viaje real y espiritual que se completa, precisamente, en lo histórico, es decir, en los hechos de su pasado familiar; y ésta es una de las dimensiones de la realidad de su personaje, lo que hace de su búsqueda una pregunta concreta. La ficha clave, y que ata los cabos extraviados, está en la muerte de uno de los tíos de Tania en los disturbios del 9 de abril de 1948, en la muerte de Gaitán, y que se convierte en el motivo de disputas, silencios, separaciones, que vendrán a resaltar, mucho más con los años, la condición de extranjeros y sus costumbres religiosas, tema esencial en la novela.

Es una curiosa y emocionante experiencia acompañar a un personaje y luego dejarlo, verlo irse mientras nosotros permanecemos. La novela de Fleisacher es un relato de encuentros pero, sobre todo, de despedidas. Y como dice Joseph Roth, en *Job*, una breve obra maestra, qué se le puede decir a alguien que se va de nuestro lado tal vez para siempre.

El último capítulo, "Epílogo: Guayacán", es un precioso poema construido en una secuencia de

imágenes perfectas que anuncia el nuevo principio de Tania. Comienza así: “La mujer camina absorta, serena. No la perturba el continuo pasar de los carros, ni el estruendo de las motos, ni la estridencia de las ambulancias. Tania la sigue lentamente en el carro. Siente curiosidad, ¿qué hace una mujer de la edad de su madre, con la cara y el vestido bien puestos, caminando por la avenida sin prisa?”. Aquella anciana se detiene y mira un guayacán florido, y Tania en silencio observa desde su carro; luego, recoge una flor y la guarda hasta que se seca. Días después, el árbol ya con sus ramas desnudas, ella escribe al margen de su cuaderno, como una velada revelación: “¿Serán afortunados los hijos de una mujer que mira los árboles?”.

La voz de Esther Fleisacher en *La risa del sol*, junto a sus colecciones de cuentos (*Las tres pasas* y *La flor desfigurada*) y su poemario (*Canciones en la mente*), es de aquellas que no se escuchan en la escandalosa fuerza de las modas y de los éxitos editoriales, muchas veces tan agresivos; la naturaleza de su voz es la que tranquila y silenciosamente queda conviviendo en el lector, en el susurro de una frase o de una imagen. ■

Felipe Restrepo David



Crimen y regocijo



El caso Mondíu
Gonzalo España
Ediciones B
2011
223 págs.

De Gonzalo España (Bucaramanga, 1945), alguien escribió alguna vez que su obra literaria formaba “un árbol ramificado y complejo”. Nada más cierto. El nombre del escritor empezó a hacerse popular en las librerías gracias a varios volúmenes de leyendas históricas, entre los cuales uno —*Galería de piratas y bandidos de América* (1993)— fue incluido en la Lista de Honor de la IBBY en 1994. Después, presa del mismo entusiasmo por la historia, España reescribió las vidas de Humboldt, Boussingault y Mutis en formato de aventura juvenil y participó como creador en un subgénero narrativo en el que, por mucho tiempo, investigó hasta quemarse las pestañas: el de la narrativa sobre las guerras

civiles colombianas, tema al que, en la última década, dedicó libros singulares como la novela *El japonés que amó la María* (2005) y los relatos de *El soldado que desapareció entre la niebla* (2009). Pero también ha escrito novelas pueblerinas sobre la pérdida del candor infantil —*Señorita* (1996)— y sobre sórdidos enredos políticos y familiares —*El santero* (1999)—, así como una novela “gótica” en la que un indio del siglo XVIII hace alardes de investigador: *La biblioteca* (2008). Tampoco se olvide un libro de relatos ambientado entre gemidos de burdel: *Agitato piachere de fornicios y meretricios. 9 cuentos de putas alegres* (2004). Sin embargo, con independencia de tan exótico mosaico de personajes y épocas, la fama nacional de Gonzalo España se debe sobre todo a la saga de novelas policíacas que abarca a *Implicaciones de una fuga psíquica* (1995) —después titulada *Mustios pelos de muerto*—, *La canción de la flor* (1996) —*Cinco disparos y una canción*, de acuerdo con su segundo bautizo—, *Un crimen al dente* (2000) y *El caso Mondíu* (2011): una tetralogía que ha hecho del bumangués una especie de Manuel Vázquez Montalbán tropical.

El caso Mondíu, además de ser la novela más reciente de Gonzalo España, tiene el valor agregado de actualizar los destinos de un puñado de personajes que se habían hecho entrañables para el lector desde su primera aparición en 1995, y de los que no se tenía noticia desde hacía más de una década: cuando, del modo más sugestivo, *Un crimen al dente* se había cerrado con las palabras “Las resurrecciones sólo existen en la literatura”. Además de eso, la nueva novela también está tocada por la gracia de que hasta la sinies-

tra escena del crimen lleguen las humoradas y picardías subidas de tono que hacen inolvidable buena parte de las páginas de España, habitadas por enamorados, putas y pecadores de toda laya. En ese sentido, incluso la versión más escueta del argumento de *El caso Mondíú* ya deja ver lo sui géneris del cuerpo del delito: en la pegajosa ciudad de Alcandora —algo así como una Barrancabermeja ficticia—, el fiscal Salomón Ventura investiga el asesinato del jardinero José Bonifacio, un bobo de provincia dotado con la misma largueza anatómica de cualquier equino. El nombre del caso y, por extensión, del libro, surge de la exclamación de incrédula sorpresa que una barrendera, prostituta jubilada, deja caer ante una foto al desnudo del occiso, puesta en sus manos por una pandilla de abogados litigantes con más tiempo libre del recomendable: “¡Cípote mondiú!” (27).¹

En su momento, con comicidad filológica, el narrador agrega el sustantivo a una larga lista de sinónimos fálicos, permitiéndose la aclaración de que la popular voz caribeña *mondá* es una “degeneración” del *mondiú* erigido en la tapa del libro (61).

La picardía de la trama alcanza su mejor expresión en la novela gracias, justamente, al previo conocimiento que se tiene de los personajes, con todo y que, en tanto propuesta argumental que quiere ser enigma para el lector, *El caso Mondíú* no depende de las otras entregas de la saga. Pero conocer de antemano a los personajes confiere un valor especial al audaz contexto sexual del crimen: el abogado Laurentino Cristófor, melancólico y aconplejado por un defecto físico, halla

en la desproporción del cadáver el pretexto para resolver, así sea como reto personal no remunerado, un misterio que compromete al sector más ufano de la sociedad; Aleutias Botero, reportero de un diario sensacionalista, alcanza fama auténtica durante el meneguado cuarto de hora en que divulga la envergadura del suceso; Anaximandro Poveda, secretario de juzgado y poeta frustrado, logra incluir en el expediente del crimen una sugestiva página de erotismo sangriento; el fiscal Salomón Ventura, funcionario incansable y psicorrígido, se ve ante insumos forenses que lo obligan a voltear la cabeza con visible sonrojo; Liz de Ventura, cultísima esposa del fiscal, respira los calores de la refinería de la ciudad al mismo tiempo que los que, por obra del crimen impúdico, emanan de las cabezas de toda la ciudadanía. El lector avezado en la vida pública de Alcandora —el que ya conoce sus cosas, sus gentes y sus crímenes— sabe que para esos personajes ha llegado el momento de vivir una experiencia especial, cuyos ribetes de brutalidad, hilaridad y exageración resultan más significativos que la muerte en sí de un pobre diablo. Mientras tanto, el lector que apenas se arrima a la infernal ciudad se percata, de todos modos, de su convincente lógica de mundo cerrado: la misma que, operando en trenes y hoteles descritos en otras páginas de la literatura policiaca, hace que los crímenes cometidos allí sean auténticamente novelescos. España, pues, logra el equilibrio de cautivar nuevos lectores al mismo tiempo que hace exclusivos guiños de complicidad a los ya iniciados.

Sin embargo, no se hace justicia a la novela si se sugiere que

su ramillete de personajes es nada más que un complemento folclórico de las vicisitudes de una verga de fábula —de hecho, alguien la arranca del cuerpo muerto de Bonifacio y la lleva hasta el altar de un culto prostibulario—: esos personajes, en virtud de la definición que ha logrado conferirles su autor a lo largo de década y media de escritura, aportan sus complejidades a favor de la hondura social de la novela. Porque, a un lado de las evidentes humoradas y desfachateces del argumento, los personajes habitan un mundo de preocupaciones personales que arriman la narración a la radiografía sociológica, el drama existencial e, incluso, la reflexión científica. Salomón Ventura, paladín de la más alta moralidad, trata de sortear —o mejor, descifrar— las extravagancias del crimen para lograr, por primera vez en mucho tiempo, arrojar sobre la corrupción institucional de Alcandora la certeza de una explicación del comportamiento criminal, y, claro está, su necesario veredicto. Mientras tanto, Laurentino Cristófor ve en la comprensión secreta y egoísta del desafuero la única redención posible en medio de un mundo social del que se sabe irremediamente excluido. Aparentemente al margen del tira y afloje entre la probidad rutinaria y el cinismo despechado, Liz de Ventura sintoniza las impresiones de su instalación en Alcandora con sus pasadas experiencias académicas en el ámbito de la sexualidad, las cuales se encaminaron al descubrimiento del máximo placer por la vía de regreso a la despreocupación infantil. Una alternancia subyugante entre risa y gravedad es lo que plantean los párrafos de *El caso Mondíú*, cuyos capítulos de

explicaciones finales tanto invocan las imágenes de una especie de carnaval de Príapo como la confesión dramática de una debacle familiar. Se trata, por supuesto, de un rasgo propio de la narrativa sobre crímenes en los tiempos posborgesianos, en que la discontinuidad trepidante se ha impuesto sobre el razonamiento tranquilo.

Otros rasgos afirman la estirpe genuinamente policiaca de esta novela: sus homenajes literarios (recuérdense los juicios librescos de Pepe Carvalho en las novelas de Manuel Vázquez Montalbán, y no se pierda de vista la transtextualidad bolañista de las novelas detectivescas latinoamericanas de los últimos lustros). El cumplido más notorio, sin duda, es el que Gonzalo España hace a Rubem Fonseca, el maestro de la novela negra en Brasil: lo pone en Alcandora hecho personaje y con la idea de, en nombre de la rijosa “Cofradía de la Espada”, adquirir las gracias genitales de José Bonifacio para llevarlas a Brasil y rendirles devoto culto. El guiño, a lo que parece, celebra tanto el magisterio de Fonseca en el subgénero como su proclividad a los temas eróticos; así lo sugiere una explicación de Laurentino Cristófor a un abogado intonso: “¿Sabes quién es Rubem Fonseca? [...] Un escritor, exacto, pero no un escritor cualquiera. Es el autor de *El gran arte*, tal vez el mejor clásico policiaco que se haya escrito en Latinoamérica. Uno de sus temas menciona algo así como *La Cofradía de la Espada*, ahora recuerdo. Creo que se trata de la historia de una logia de fornicadores insignes” (120). Más adelante, con la misma intención de elevar loas a las páginas que combinan intrigas criminales y afición por

los placeres húmedos, en *El caso Mondú* se alude con evidente delectación a *Las amistades peligrosas* de Pierre Ambroise Choderlos de Laclos, fuente de las audaces teorías sobre la sexualidad en las que, como mosca indefensa, queda atrapada Liz de Ventura. Un sabio profesor, personaje analéptico de la novela de España, tasa el clásico libro francés de un modo que no admite réplica: “Esa fue una obra maestra” (137).

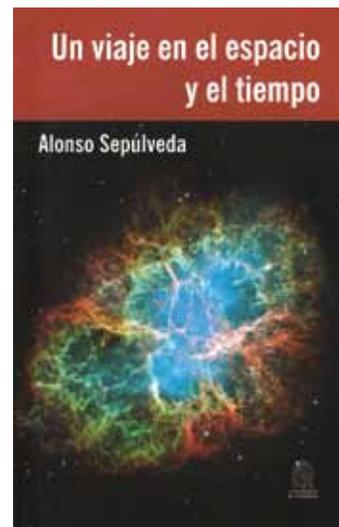
Todo eso compone el mundo criminal de Alcandora. Secretas miserias humanas, sexualidad festiva y voraginoso y contundentes símbolos literarios se sirven para que el lector, a un lado de la agudeza o miopía del fiscal — porque hay tanto de lo uno como de lo otro— se represente a su manera las lógicas, intensidades y colores del homicidio de José Bonifacio. Por fuerza debe ser así, pues, como lo advierte el propio narrador, “Todo crimen se compone de muchas versiones, casi siempre incompletas, porque siempre faltará la versión de la víctima cuando ésta yace bajo la tierra” (207). Realmente, la versión que más importa es la de quien respira sobre las páginas, ya se trate del lector —conmovido y divertido a un mismo tiempo y, por eso mismo, atrapado irremediabilmente entre los folios de esta saga detectivesca— o del propio España, cuya prosa socarrona es la mejor coartada para su próximo disparo.

Juan Carlos Orrego Arismendi

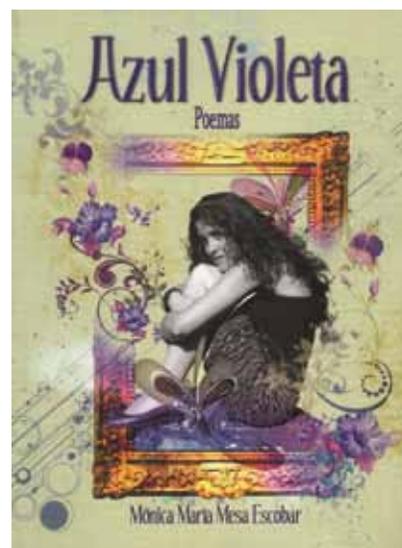
Notas

¹ Esta y las sucesivas citas textuales corresponden a la primera edición de *El caso Mondú* (Ediciones B, Bogotá, mayo de 2011, 223 p.).

NOVEDADES



Un viaje en el espacio y el tiempo
Alonso Sepúlveda
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2010



Azul violeta
Poemas
Mónica María Mesa Escobar
Publicación del autor
Medellín, 2011